

Reproducción

Números 82 y 83. — Tomo V.

10 de Julio de 1922.

Director:

Elías Jiménez Rojas

San José de Costa Rica

Apartado 230

Administración: BOTICA LA DOLOROSA

Imprenta Trejos Hnos.

Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



Trejos Hnos.

Participaciones
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques & Recibos

Talonarios

Libros en blanco

Tarjetas

Menús, etc., etc.



Cumplimiento
en la entrega
de trabajos.

REPRODUCCION

Nos. 82 y 83 * 10 de Julio de 1922 * Tomo V.

Director, ELIAS JIMENEZ ROJAS

San José, Costa Rica — Apartado No. 230

«Los filósofos no han caminado adelante en nada. No es a ellos a quienes debe la ciencia sus descubrimientos ni sus métodos. Estos métodos no permiten improvisar respuestas para todas las preguntas. Lejos de esclarecer todos los misterios que nos rodean, la ciencia no hace a veces sino descubrir su profundidad. De aquí resulta para muchos espíritus la desconfianza que los lleva a hablar de la bancarrota de los sabios. Esta desconfianza excesiva, sucesora de una confianza no menos excesiva, es natural en personas mal preparadas. La ciencia presenta un doble carácter, algo desconcertante: mientras resuelve problemas formidables, permanece impotente ante cuestiones en apariencia muy simples. Domina el vapor y la electricidad, somete a nuestras necesidades las fuerzas de la naturaleza; pero no puede decir todavía por qué cae la piedra lanzada hacia arriba».—Julio de 1910.

La Psicología de la "Ouija Board"

por

Karl R. Stolz, profesor de religión desde 1912.

La escritura automática, las relaciones de la *ouija board* y otros supuestos fenómenos del espiritismo, que con frecuencia se atribuyen a intervención sobrenatural, no tienen otra explicación, en concepto del autor, que el funcionamiento de ciertas corrientes ocultas de la mente, o *subconsciencia*, usando la palabra creada por la psicología. Impresiones imperceptibles conscientemente, son recibidas, a pesar de todo, por el individuo corriente, y forman un capital de reminiscencias potenciales, originando manifestaciones inconscientes de parte del médium, y a menudo inexplicables a la observación superficial. Basándose sus experimentos personales en la investigación del mundo espiritual y sus misterios, el autor atribuye los aparentemente asombrosos resultados a involuntaria percepción y transmisión de estímulos ocultos, a intuición penetrante, a la expresión de propios deseos y ambiciones comprimidas del operador, y, en no pocos casos, al simple azar y coincidencia.—LA REDACCION.

Una de las formas de la tendencia cada vez más difundida a investigar las cosas ocultas es la manipulación de la *ouija board*. Este artefacto consta de una superficie plana donde aparecen las letras del alfabeto, los diez dígitos, las palabras «sí» (en la esqui-

na superior izquierda), «no» (en la esquina superior derecha) y «adiós» (en el centro, bajo los números), y de un pequeño instrumento, llamado «planchuela,» que se levanta sobre patas cortas y pulidas. Dos operadores, sentados frente a frente con el aparato de por medio, colocan los dedos sobre la planchuela, que se desliza en torno y, rozando las letras, contesta las preguntas que uno u otro de los médios dirigen a la *ouija* o al espíritu que se supone presidir la sesión. *Ouija* es un nombre formado por la combinación del *oui* francés y del *ja* alemán, significando así que responderá a preguntas hechas en cualquier idioma. El procedimiento es semejante al de la escritura automática.

El 5 de enero de 1920 se celebró una de las sesiones de la *ouija board*. Éramos siete personas: número cabalístico. Manejaban la planchuela dos individuos expertos: un hombre y su mujer. Al referir estos procedimientos hago uso de nombres ficticios, para ocultar la verdadera identidad de los presentes. Cuando los operadores estuvieron cómodamente sentados apo-

yando los dedos sobre la planchuela, preguntaron a la *ouija* si estaba dispuesta a contestar aquella noche. La respuesta vino letra por letra: «Hay incrédulos entre nosotros». Aquel a quien aparentemente aludía el mensaje se apresuró a manifestar a la *ouija* que todos los presentes estaban persuadidos de su facultad de procurar informes dignos de crédito, y que si alguien abrigaba dudas, éstas tenían por exclusivo origen la naturaleza mística de las respuestas. Aplacada al parecer, la *ouija* contestó las preguntas que se le dirigieron. Tomé nota, tanto de las preguntas como de las respuestas. Las preguntas se proponían por intermedio del operador.

Pregunta. ¿Tiene usted algún mensaje para cualquiera de los presentes?

Respuesta. William.

Pregunta. ¿Cuál es el mensaje?

Respuesta. Que no se preocupe de la operación; saldrá perfectamente.

Pregunta. ¿Qué operación?

Respuesta. Eso es asunto médico.

Pregunta. ¿Cuándo se realizó la operación?

Respuesta. El 5.

Pregunta. ¿Era hombre o mujer el operado?

Respuesta. He dicho que eso es asunto del médico.

Pregunta. ¿Puede usted decirlo con permiso del doctor?

Respuesta. He dicho que no.

Pregunta. ¿A qué hora se llevó a efecto la operación?

Respuesta. Antes del medio día.

Pregunta. ¿Fué entre las once y las doce?

Respuesta. No.

Pregunta. ¿Fué entre las diez y las once?

Respuesta. No.

Pregunta. ¿Fué entre las nueve y las diez?

Respuesta. Sí.

Pregunta. ¿Puede usted decir el nombre del hospital?

Respuesta. Creo que fué el hospital de Saint Michael.

Pregunta. ¿Lo cree usted o lo sabe de cierto?

Respuesta. Creo que era el mencionado.

Pregunta. ¿Tiene usted inconve-

niente en decir si se trataba de un hombre o de una mujer?

Respuesta. Es asunto grave.

Pregunta. ¿Por qué no quiere usted decirlo?

Respuesta. Demasiada presión.

Allí terminó esta parte del interrogatorio. El caballero a quien se dirigía el mensaje era un médico. Por indicación mía había salido de la habitación tan pronto como se trató de averiguar detalles acerca de la operación. Era exacto que aquel día había practicado una operación crítica. La *ouija* había contestado que se realizó entre las nueve y las diez de la mañana, pero en realidad comenzó poco antes de las nueve y terminó a cosa de las diez y media. Era bien sabido por todos los presentes que el doctor practicaba muchas operaciones y que generalmente las llevaba a cabo en la mañana. El nombre del hospital estuvo equivocado.

Pregunté entonces al médico si podría indicar la *ouija* el lugar donde se encontraba mi libreta de banco, recientemente extraviada.

Pregunta. ¿Ha perdido su libreta el caballero?

Respuesta. Sí.

Pregunta. ¿Dónde la perdió?

Respuesta. La encontrará poniendo un aviso en el periódico.

Pregunta. ¿Puede usted decir dónde está?

Respuesta. No.

Pregunta. ¿Puede usted explicar por qué no sabe dónde se encuentra?

Respuesta. Duda de mi veracidad.

Pregunta. Esto parece una buena excusa para salir del paso. Diga ¿dónde está?

Respuesta. Haga que su mujer la busque cuidadosamente en su escritorio.

Pregunta. ¿Está la libreta en el escritorio?

Respuesta. Sí.

Pregunta. ¿En algún sitio especial?

Respuesta. No puedo decirlo.

Pregunta. ¿Cómo haremos para encontrarla?

Respuesta. No sea cargante.

Registramos el escritorio minuciosamente, pero la libreta no pareció. Esfuerzos ulteriores, como se verá en

seguida, fueron inútiles para obtener la deseada información.

Pregunta. ¿A qué mueble se refiere usted?

Respuesta. Él lo sabe también como yo.

Pregunta. ¿Hay otro escritorio?

Respuesta. Sí.

Pregunta. ¿Está usted diciendo la verdad?

Respuesta. Él sabe perfectamente de lo que se trata.

Pregunta. ¿Con qué objeto poner aviso en el periódico si la libreta está en el escritorio?

Respuesta. ¿No hay un escritorio en su escuela?

Pregunta. ¿Llama usted escritorio a una mesa?

Respuesta. Nada de bromas.

Pregunta. ¿Tiene usted mensaje para algún otro?

Respuesta. Sí; para Mary.

Pregunta. ¿Diga el mensaje?

Respuesta. Buena madrecita, cuide también de usted misma.

Pregunta. ¿Puede usted decir de quién viene este mensaje?

Respuesta. Yo vivía en G— F—

Pregunta. ¿Quién es el que habla?

Respuesta. ¿Me dejarán en paz?

Pregunta. ¿Hay algún mensaje para otro de los presentes?

Respuesta. Para usted.

Pregunta. ¿De quién es el mensaje?

Respuesta. *Ouija.*

Pregunta. ¿Cuál es el mensaje?

Respuesta. Es Ud. demasiado brusco.

Pregunta. ¿Vive el padre de George?

Respuesta. Sí.

Pregunta. ¿Podemos comunicarnos con él?

Respuesta. No.

El padre de George había muerto. La *ouija* dió correctamente en seguida el apellido de una de las señoras presentes. Esta dama había permanecido en la ciudad apenas cinco meses, y los operadores de la *ouija board* afirmaron rotundamente que jamás la habían conocido. Posteriormente se descubrió que había asistido a cierta reunión de confianza que celebraron las señoras del barrio y que en aquella ocasión fué presentada personalmente a la mujer que hacía de operadora. Hiciéron-

se después varias tentativas para que el aparato dijera su nombre de pila, pero ninguno de los que deletreó la *ouija* resultó correcto. Yo había tomado la precaución de hacer salir del aposento a los que conocían el nombre de la dama, cuando comenzó el interrogatorio.

Varias veces se pidió a la *ouija* decir si tenía algún mensaje de personas fallecidas de las cuales se daba el nombre. En todos estos casos la contestación era de índole general: «Ha sido usted muy bondadoso para mis hijos»; «Toda buena obra merece recompensa»; etc. A eso de las diez la *ouija board* despachó a dormir a la mujer que hacía de médium, preguntando si creíamos que el aparato debía trabajar toda la noche. Como los operadores insistieran en recibir nuevos mensajes, la *ouija* los mandó «al diablo.» Habiendo deletreado repetidamente la planchuela «buenas noches» en respuesta a diversas preguntas y mostrándose impaciente y propensa a echar votos, terminó la sesión.

Tres clases de explicaciones se han originado en estos experimentos. La

primera se relaciona con el espiritismo. Los modernos conversos al espiritismo, que gozan de reputación más que nacional, son de diversa categoría, incluyéndose desde Ella Wheeler Wilcox, escritora de literatura popular, y Sir Arthur Conan Doyle, autor de novelas policiales, hasta Sir Oliver Lodge, distinguido sabio inglés. Con una mezcla de admiración y estupor he leído el libro de Conan Doyle, *The Vital Message* (El mensaje vital). Como ilustración de su contenido cito el siguiente párrafo:

Recientemente sucedió el caso de que me llamaran a reprimir a cierta entidad turbulenta que frecuentaba una antigua casa, donde por razones poderosas se suponía que se había cometido un crimen y donde se creía también que el criminal se hallaba enterrado. El infortunado espíritu dió nombres que resultaron correctos, como asimismo la descripción de un armario que se encontró siguiendo las indicaciones, aunque jamás se había sospechado que existiera. Poniéndome en comunicación con el espíritu, traté de amonestarlo haciéndole comprender cuán egoísta era el hacer desgraciados a otros por satisfacer impulsos de venganza originados en su vida anterior. Oramos luégo por su sosiego, exhortándole a elevar sus sentimientos; y recibí la promesa solemne, mani-

festada por medio de golpes en la mesa, de que enmendaría su proceder. Posteriormente he obtenido informes muy satisfactorios de que así lo ha cumplido y de que todo está ahora tranquilo, en la vieja casa.

Sir Oliver Lodge, físico cuyas investigaciones y descubrimientos aprecia el mundo entero, ha pertenecido por muchos años a la Society for Psychical Research. El problema de la vida de ultratumba le ha fascinado largo tiempo, como lo comprueban sus dos obras *The Survival of man* (La supervivencia del hombre) y *The Science of Immortality* (La ciencia de la inmortalidad). La muerte de su hijo Raymond en el campo de batalla acrecentó e hizo más poderoso su interés original. En su libro *Raymond* proclama el espiritismo, dando lo que en su concepto es razón satisfactoria para que su esperanza de inmortalidad se haya trocado en positiva convicción. (1)

(1) Por lo que hace a espiritistas sabios, recomendando al estudioso la lectura de las recientes declaraciones del fisiólogo Richet y del astrónomo Flammarion, declaraciones tan desconcertantes como inesperadas, que echan por el suelo cuanto se había afirmado acerca del espiritismo de estos dos ilustres franceses.

E. J. R.

Indudablemente uno de los libros más interesantes sobre este tema es *Thy Son Liveth* (Tu hijo vive), escrito por una madre norteamericana que oculta su identidad. Ella y su hijo Bob eran telegrafistas inalámbricos aficionados. La guerra los obligó a desmontar el aparato de telegrafía inalámbrica, y reclamó al hijo. Cierta día durante la guerra recibió la madre un mensaje inalámbrico de su hijo, anunciando que acababa de ser muerto con muchos otros amigos en el campo de batalla, y asegurándola de la conciencia de su vida anterior y de la continuación de su cariño. A varios mensajes inalámbricos siguió una larga serie de comunicaciones mediante escritura automática de la madre. Cualquiera que sea la interpretación que el lector dé a estas cartas se necesita tener el corazón muy endurecido, en verdad, para no sentirse emocionado con muchos de sus hermosos párrafos. El propósito esencial de los mensajes es hacer conocer a la madre y a todos aquellos que lloran la muerte de un ser amado, que los desaparecidos viven una vida más plena y elevada

en el mundo espiritual, y que la comunicación es natural y fácil con el mundo de los vivientes. El supuesto espíritu está en contra de los médios profesionales. «Un lugar retirado, un lápiz, un pedazo de papel, y un corazón que clama dolorosamente el nombre de un joven, son todo cuanto se necesita.» Las cartas declaran que en el mundo del espíritu el cuerpo es tan tenue como una nube. El joven vive en un campamento en compañía de los soldados de su regimiento que murieron junto con él. Visten trajes diáfanos, se alimentan de manjares delicados. Experimentan simpatías personales, hay enamoramientos y risas inocentes. Es un lugar donde cada cual conserva sus aficiones anteriores; este joven, por ejemplo, continúa sus ensayos de telegrafía inalámbrica. Los espíritus, aunque por lo general son impotentes para salvar de la muerte a sus camaradas de la tierra, consuelan y sostienen a los heridos y guían a los muertos desde la tierra hasta el mundo espiritual. De vez en cuando algún toque más crudo impresiona al lector, como, por ejemplo, cuando el re-

lato asegura que los guías de ultratumba tienen como el Hermes de la mitología griega, alas en los pies, y que perros en su forma terrenal recorren en ambos sentidos el trayecto comprendido entre este mundo y el otro.

He dedicado tan largo espacio a hablar de este pequeño libro, porque sirve de ilustración a la escritura automática, de que la manipulación de la *ouija board* representa uno de los aspectos. Y he hablado tanto de la reciente literatura representativa del espiritismo, con el objeto de indicar el origen de la convicción de muchos respecto de que los misteriosos mensajes de la *ouija board* son comunicaciones de ultratumba. Discutir la compleja cuestión del espiritismo nos llevaría demasiado lejos de aquello que en mi concepto es interpretación más exacta, si no más simple, de tales fenómenos.

La segunda explicación que se ha intentado darles se funda en la telepatía. La presunción que sirve de base a la doctrina telepática es que la mente, conforme se observa en sus actuales manifestaciones, puede funcionar in-

dependientemente del sistema nervioso. De acuerdo con esta teoría, es posible conocer a distancia los pensamientos de otra persona, y aun encaminarlos sin comunicación alguna de los sentidos. Se asegura asimismo que pueden percibirse ciertos fenómenos físicos, por más remotamente que se produzcan. Algunos fervientes apóstoles de la telepatía pretenden ser capaces de revelar el pasado, pronosticar acontecimientos futuros, y aun establecer comunicación con los muertos. La contención fundamental es que la mente pueda recibir y producir impresiones diferentes de las de los sentidos.

Será difícil encontrar en los Estados Unidos un solo psicólogo caracterizado que acepte como verdades científicas las pruebas de ocurrencias telepáticas sometidas a su criterio. Por lo general, casi todos los psicólogos reducen las pseudo-maravillas de la telepatía a una confusión indescriptible de sugestión, percepción inconsciente, azar y coincidencias, alucinación e ilusiones, observación deficiente, exageración imprevista, imaginación, interpretación de vibraciones musculares, y fraude.

Insisten en que una cadena de sensaciones actúa como agente intermediario para cada percepción.

Llegamos ahora a la tercera y probablemente correcta explicación de la *ouija board*.

Ante todo, debe tomarse en consideración la visible tendencia a pasar por alto o excusar las equivocaciones y evasiones de la *ouija board*. En las sesiones a que he asistido, los fracasos han sido mucho más numerosos que las maravillas. Los espiritistas, por supuesto, atribuyen los mensajes erróneos o ininteligibles a la intrusión o interrupción de espíritus traviesos o malévolos. Cuando se les recuerda los fracasos, los creyentes en telepatía sugieren que el defecto proviene de falta de fe o de concentración de la mente. Más tarde se descubrirá que hay un fondo de verdad en su argumento. La tendencia general es pasar por alto o dar poca importancia a los ejemplos negativos y engrandecer los resultados positivos; pero el psicólogo toma ambos en consideración para formar su criterio.

Además, las probabilidades de azar

o coincidencia no deben descontarse. Muchos de los llamados casos de telepatía pueden reducirse a estos elementos. Podemos mencionar los descubrimientos del Dr. J. E. Coover, que hizo un estudio experimental de la sensación que acomete a una persona a quien se mira por la espalda. Su obra demuestra que la creencia de que una persona pueda sentir cuando otra la mira por la espalda, es absolutamente infundada, y la explica por cierta desazón nerviosa que proviene de la ansiedad natural acerca del aspecto de la propia espalda, por las restricciones de la buena educación que prohíben el impulso de volverse atrás para observar si alguien está mirando, y por el hecho real de sorprender a alguien en el momento de mirar, a causa de que su atención se ha despertado por los signos de agitación. Diez estudiantes universitarios trataron de adivinar cien veces cada uno si eran mirados, por intervalos de quince segundos. Cada uno de los estudiantes, con los ojos cerrados y cubiertos por la mano, se sentó de espaldas al experimentador. Siempre que éste miraba hacía lo con

deliberada intensidad, «deseando» que el sujeto lo «sintiera». Sacudían un cubilete con un dado, y cada vez que salía un número impar, el experimentador miraba al sujeto; cuando el número era par, no lo miraba. De las mil veces que se hizo el experimento, 50.2 por ciento adivinaron los sujetos correctamente; proporción aproximada de las probabilidades de azar, que justifica la conclusión de que ninguna otra causa puede atribuirse a las respuestas correctas.

Ahora bien; el grado de probabilidad varía, naturalmente, de acuerdo con las circunstancias. Cuando las preguntas propuestas a la *ouija board* pueden contestarse con un «sí» o con un «no», mitad de las respuestas será correcta a la larga en razón del solo azar. En cuanto a coincidencias, es conveniente recordar que el mundo exterior es tan rico en su naturaleza y en la diversidad de sus acontecimientos, que es muy posible que ocurra cierta correspondencia entre los sucesos y las respuestas de la *ouija board*. Difícilmente podría ser de otro modo.

Los resultados de la *ouija board* que no pueden atribuirse al azar o a la coincidencia ni a manipulación consciente y deliberada de la planchuela, son efecto de corrientes ocultas de la mente.

El proceso de las corrientes ocultas de la mente implica cualquiera forma de función mental que influye sobre la persona aunque ésta lo reconozca sólo de manera vaga e inconsciente. El radio de nuestras impresiones mentales es mucho más extenso que el de los actos que percibimos claramente y que son desenvolvimientos y reflejos de aquello de que no tenemos conciencia clara en el momento de acontecer. Solamente una fracción mínima del entero proceso mental es lo que cae bajo el dominio de la percepción definida, quedando la mayor parte de la vida interior sumergida bajo el nivel de la inconsciencia. Funcionando las corrientes ocultas en aquella vasta zona de vida mental cuyo desarrollo no percibimos, eluden, por su naturaleza misma, examen detallado; y toda la información que podamos adquirir se obtiene por medios indirectos. Ra-

ocasión, deseché un diario que tenía al alcance y fui a buscar material combustible en otra parte. Más tarde recordé que el periódico contenía un editorial que yo había resuelto leer cuando tuviera tiempo disponible. Hace poco he descubierto que al usar la máquina de escribir tengo cierta tendencia a tocar ligeramente la tecla que no debo.

El operador de la *ouija board* insiste a menudo en que el mensaje incluye hechos de que no tenía conocimiento previo alguno. Ahora bien; nada es más traidor que la memoria. Recordamos muy poco de lo que en realidad ha pasado. Experimentos en psicología anormal han llegado a provocar estados mentales en que se revela aquello que no podríamos recordar en condiciones normales. Una persona incapaz de recordar lo que ha soñado la noche anterior, puede, sin embargo, en estado hipnótico, referir sus sueños al hipnotizador. En la sesión de la *ouija board* a que yo asistí, el operador afirmaba rotundamente que nunca había tenido el menor conocimiento del nombre de pila de

uno de los presentes que el aparato reprodujo correctamente, hasta que se le hizo recordar que dicho nombre había aparecido en los diarios y en muchas partes durante varios años. Muchos resultados que en concepto del operador y de los espectadores son enteramente nuevos y no tienen relación alguna con hechos normales, son indudablemente reminiscencias latentes y potenciales que se presentan de súbito a la conciencia.

Una noche, cierta madre acostó a su niño y se fué a la iglesia, dejando a su marido y a un amigo de éste a cargo de la casa. El chico lloró por largo tiempo, pero el padre no dió importancia al asunto. Cuando regresó la madre y preguntó si el niño había llorado en su ausencia, la expresión del rostro de los hombres fué la mejor afirmativa respuesta. La madre decidió consultar a la *ouija board* para descubrir la causa del llanto. La *ouija* contestó que el niño había llorado largo, largo tiempo, porque el aposento estaba muy frío a causa de hallarse cerrada la llave del calentador. Ni uno ni otro de los padres recordaba

haber tocado el calorífero, pero al examinarlo se encontró que estaba cerrado y el cuarto frío, en consecuencia. No hay duda de que este caso se tradujo en el mensaje de la *ouija board*.

Además, aunque el individuo no tenga conciencia de impresiones recibidas por medio de los sentidos, las corrientes ocultas causan impresiones imperceptibles a la conciencia. El radio de nuestra vida mental es mucho más extenso que el de las impresiones psíquicas comunicables y de las cuales nos damos cuenta. Se ha demostrado repetidas veces que nos hallamos sometidos a la influencia de multitud de vibraciones ocultas cuyo funcionamiento ignoramos. Sabemos más de lo que tenemos conciencia de saber, oímos más de lo que tenemos conciencia de oír, vemos más de lo que tenemos conciencia de ver.

Investigaciones experimentales sobre el susurro involuntario han revelado que siempre que una idea acude a la mente se produce un movimiento inicial e incipiente de los órganos vocales que traducen el pensamiento,

el cual, a pesar de ser conscientemente inaudible, puede reflejarse en forma indistinta en la conciencia de los otros. Mr. H. S. Curtis ha practicado experimentos que registraban los movimientos automáticos de la laringe cuando se recitaba algo mentalmente o simplemente cuando se pensaba. El pensamiento está acompañado de una vibración de la laringe indicando incipiente expresión oral, que inconscientemente puede ser percibida por algún otro.

El profesor H. H. Donaldson relata un ejemplo experimental del efecto de los imperceptibles factores de que se trata. Dos superficies iluminadas con ligera pero mensurable diferencia en el grado de luz, fueron sometidas a comparación, pidiendo a los observadores que indicaran cuál de ambas superficies era la más brillante. La diferencia era demasiado insignificante para apreciarse; de consiguiente, los observadores se veían precisados a adivinar. La imperceptible diferencia fué apreciada inconscientemente, porque la superficie brillante se designó con mayor frecuencia. El radio de

sensibilidad de las impresiones resultó ser más extenso, con mucho, que el de la percepción consciente. La vista, el oído y otros órganos íntimos del sistema nervioso central, responden a estímulos demasiado débiles para ser percibidos conscientemente.

Cierto caballero, en presencia de su mujer, propuso a los operadores de una *ouija board* varias preguntas que debían ser contestadas por un tal John Smith, fallecido.

Pregunta. ¿Quién soy yo?

Respuesta. Un camarada de infancia.

Pregunta. ¿Dónde estás?

Respuesta. En esfera más elevada.

Pregunta. ¿Irán tus padres al sur este invierno?

Respuesta. Si se cumplen los deseos de mi madre.

Pregunta. ¿Qué es lo que desea tu viuda?

Respuesta. Querría encontrarse aquí.

La esposa del caballero que hacía las preguntas confirmó la exactitud de las respuestas. Dijo que la madre del extinto le había manifestado que estaba muy deseosa de pasar el invierno en

el sur; y, del mismo modo, que la joven viuda había expresado repetidas veces el deseo, no del todo extraordinario, de abandonar la vida y reunirse a su marido. Los operadores afirmaron insistentemente que no sabían que quien había dirigido las preguntas fuera amigo del extinto. Probablemente algún susurro involuntario de parte del caballero y su mujer, y la audición inconsciente de parte de los operadores, constituyeron la misteriosa base de la información. Los mismos operadores reprodujeron el nombre del padre de uno de los presentes. Quizá el mismo principio determinó este resultado.

Intimamente ligada con el murmullo involuntario y la audición inconsciente está la interpretación del movimiento de los músculos. Ciertas mentes son extremadamente sensibles a los indicios de concordancia y discordancia, de interés y proporción, que se traducen en el rostro o en el cuerpo. El levantar de una ceja, una sonrisa, un ligero movimiento de la cabeza, un signo de sorpresa, un pequeño ademán de la mano, todo adquiere para el operador una significación de que quizá él mismo

no se da cuenta. Una y otra vez he contemplado a un grupo de personas sencillas, ardientemente inclinadas sobre la *ouija board*, y que con su aliento, la expresión de su rostro y tal vez el susurro involuntario, guiaban e influían de tal manera sobre la sesión, que inocentemente dictaban a los igualmente inocentes operadores las respuestas a sus propias preguntas. Y se observa, además, una marcada tendencia en los operadores a confrontar los resultados conforme avanza la sesión. Quizá sin comprender la significación de lo que hacen, muchos de ellos tratan de provocar una reacción hacia los detalles importantes de un mensaje, tan pronto como ha sido transmitido. Esto sirve de guía en adelante.

Asistí a cierta sesión de la *ouija board*, arreglada especialmente en mi honor, y en la cual yo era el único que interrogaba. Uno de los operadores proponía las preguntas que yo le dictaba. John Smith, fallecido, manifestó voluntad de contestar. El diálogo que anoté entonces se desarrolló como sigue:

Pregunta. John, ¿sabe usted quién es el que desea proponer algunas preguntas?

Respuesta. Un caballero. Le he oído predicar.

Pregunta. ¿Dónde le oyó usted?

Respuesta. En la iglesia metodista.

Pregunta. ¿En qué ciudad?

Respuesta. En G——.

Pregunta. ¿Sabe usted por qué método responde L—— (una adivinadora profesional del pensamiento) a las preguntas que se le proponen?

Respuesta. Está fuera de mi esfera.

Pregunta. ¿Qué quiere usted decir con eso?

Respuesta. Que lo explique el caballero.

En este punto interrumpí para explicar que no existe iglesia alguna metodista en G——. Prosiguió el examen de John Smith.

Pregunta. ¿Cómo explica usted su declaración, no habiendo iglesia metodista en G——?

Respuesta. Todas las sectas asisten.

Pregunta. ¿Tuvo usted ocasión de tratarle personalmente?

Respuesta. No; hasta donde recuerdo.

Aquí traté de aguijonear la memoria del «espíritu» y pedí al operador que preguntara:

Pregunta. ¿Recuerda usted haberle conocido en una tienda de ferretería en G——?

Respuesta. No; debe de haber sido David.

Esta sesión revela un fértil campo dentro del cual la *ouija board* puede ser consultada con éxito, a la vez que sus limitaciones. Fué ra del radio de las corrientes ocultas de la conciencia de los presentes, a menos que el azar o la coincidencia intervengan, la información es de carácter general, aunque a menudo hábil y sagaz. Conservándome tan inescrutable y vago como era posible, arrojé a sus operadores en sus últimas trincheras, que en este caso resultaron sumamente débiles, aunque condescendí lo suficiente para corregir una respuesta equivocada y aguijonear la memoria del espíritu. Había conocido al extinto algunos años antes de su muerte en una tienda de ferretería, conforme lo insi-

nué, y había tenido una conversación de cierta importancia con él.

Cuando los factores desconocidos y ocultos responden adecuadamente, se experimenta la tentación sutil de atribuir el resultado a la impresión directa de algún sér distante o a la influencia de los espíritus. Parece ser un rasgo de la naturaleza humana el referir pensamientos, sentimientos y acciones provocados por estímulos demasiado débiles para percibirse conscientemente, a fuentes ajenas a la personalidad. Tales respuestas se suponen provenir de otra voluntad que la nuestra. El proceso de deletrear palabras de la *ouija board* no es más misterioso que la escritura ordinaria, la escritura en máquina, el manejo de un automóvil o la ejecución en el piano. Todas estas operaciones, aunque al principio significan esfuerzos conscientes, se hacen al cabo mecánica y automáticamente.

Es indudable que la *ouija board* ofrece una puerta de escape del cautiverio inconsciente, a los deseos y aspiraciones secretas. Del mismo modo que tantos de nuestros anhelos y aspiraciones secretas, no satisfechos en la

vida real, encuentran expansión en los sueños, muchas de nuestras ambiciones e impulsos ocultos y comprimidos a medias, se definen y traducen en el ejercicio de la *ouija board*. Es posible que el operador traduzca, con toda la intensidad de una revelación original, aquello que en lo más recóndito y más privado de su mente él mismo desea ser o poseer.

La *ouija board* es un invento admirable para estimular y traer a la superficie el material que inconscientemente se agita en lo profundo del sér humano. Su operación permite rebuscar gran número de indicios y sugerencias. Se dice que el experto médio espiritista rara vez encuentra dificultad para revelar nombres o fechas extrañas. Teniendo ante sí el alfabeto y los números, abarcando la planchuela el espacio entero del aparato, los operadores de la *ouija board* tienen facilidad de componer sus respuestas letra por letra o cifra por cifra. Si la respuesta no viene dentro de un intervalo razonable, el operador puede dar conscientemente un pequeño impulso a la planchuela para que

desempeñe su misión. La manipulación se facilita materialmente por la colaboración de dos operadores. Lo que uno sea incapaz de producir, puede expresarlo el otro. Naturalmente, es posible que alguna vez se produzca conflicto entre ambos y que la planchuela se inmovilice hasta que uno de ellos ceda ante el otro. Las características principales de un buen operador son: confianza en la propia intuición y tacto, una fe inquebrantable de que se obtendrán resultados y una aguda percepción de signos y manifestaciones exteriores que revelen los íntimos movimientos mentales de los otros. Aunque no todo el mundo puede desempeñar con éxito el papel de operador, las sesiones de la *ouija board* se consideran una forma relativamente simple de la investigación de lo desconocido. Los resultados que personalmente he observado pueden explicarse por el azar y coincidencias, por reminiscencias inconscientes, por la involuntaria transmisión y percepción de estímulos ocultos y por impulsos y ambiciones comprimidos a medias.

(De *Inter-América*).

Algunas palabras de Gustavo Le Bon

...Otros sabios, tan ilustres como los espiritistas citados, rechazan estas observaciones, debidas según ellos a alucinaciones o sugerencias, y se indignan contra lo que ellos llaman el regreso a las más bajas formas de la hechicería y de la superstición.

Ante afirmaciones tan contradictorias, el público instruido permanece perplejo, preguntándose si es de veras posible que hábiles observadores puedan engañarse tan torpemente, y cómo hechos pretendidos absolutamente ciertos no han podido ser vistos por otros observadores que han operado con los mismos sujetos y en condiciones que parecen idénticas.

Estamos, pues, en presencia de los problemas siguientes:

1.º—Entre los fenómenos maravillosos anunciados diariamente ¿puede citarse alguno rigurosamente demostrado?

2.^o—Si tales fenómenos son quiméricos ¿cómo han podido afirmar su existencia sabios eminentes?

3.^o—¿Puede la ilusión, en ciertas circunstancias, todavía no determinadas, adquirir bastante intensidad para confundirse con la realidad?

Durante muchos años había yo retrocedido ante el estudio de los fenómenos espiritistas, juzgando inútil el perder tiempo en investigaciones dudosas que casi no conducen sino a contradicciones. Mi atención fué llamada hacia esos fenómenos cuando los espiritistas pretendieron encontrar en mis trabajos acerca de la desmaterialización de la materia y la energía intra-atómica, pruebas en apoyo de sus doctrinas.

La llegada a París del médium Eusapia, que había convencido a varios sabios, me determinó a examinarlo cuidadosamente. Mi eminente amigo el doctor Dastre, miembro de la Academia de Ciencias y profesor de fisiología en la Sorbona, tuvo a bien acompañarme en este estudio. Nada de verdaderamente notable nos ha sido revelado; pero hemos comprendido con

cuánta facilidad se puede ilusionar aun a excelentes observadores.

*

Apenas se abandona el método científico, se recae en la baja hechicería. Es algo vergonzoso el volver allí a estas horas. Nosotros no podríamos resignarnos a tal retroceso sin pruebas de una seriedad diversa de la que contenta a los modernos adeptos de la magia.

Como conclusión general de nuestro estudio, podemos decir: que *la inmensa mayoría de los hechos expuestos en el ocultismo son producto de ilusiones y que los poquísimos hechos a favor de los cuales puede guardarse alguna duda (tales como el movimiento de objetos sin contacto visible), todavía no han sido nunca rigurosamente demostrados.*

Las investigaciones de los ocultistas no nos han revelado, pues, nada del mundo ignorado en el cual pretendían ellos entrar, sin poseer sin embargo ninguna prueba de su existencia.

No significa esto que tales investigaciones hayan sido enteramente in-

fructuosas. Ellas arrojan, en efecto, una viva luz sobre fenómenos inexplicados antes, tales como la propagación de las creencias religiosas y la facilidad con la cual los hombres eminentes de todos los tiempos han tomado por realidades, supersticiones juzgadas más tarde como bien infantiles.

Toda la antigüedad ha vivido en la fe de las divinidades paganas y ha admitido como dogma su influencia en el destino de los hombres.

Comparando a esas creencias, en otro tiempo universales, las creencias de ilustres sabios relativas a fenómenos como las materializaciones espontáneas de fantasmas, la evocación de los muertos, la adivinación, etc., se llega a formular esta ley psicológica importante:

Cuando por contagio mental, o por un motivo cualquiera, una creencia penetra un poco en ciertas regiones del entendimiento, ella germina en él muy pronto y acaba por invadirlo enteramente y fijarse con tal solidez, que ningún razonamiento o experimento puede hacerla vacilar. La creencia está entonces al abrigo de los ataques de la lógica.

Sólo el tiempo puede lentamente llegar a borrarla.

En punto a credulidad, el sabio no se muestra en nada superior al ignorante, y esta comprobación, hecha patente por el estudio de los fenómenos ocultistas, es también importantísima.

Es un error muy general el figurarse que un sabio, distinguido en su especialidad, posea por esta razón alguna competencia para observar fenómenos que están fuera del campo de esa especialidad; y tal idea es doblemente errónea cuando se trata de cosas en las cuales el fraude y la ilusión representan el papel preponderante.

Viviendo en la sinceridad, habituados a creer en el testimonio de sus sentidos, completados por los instrumentos, son los sabios los hombres más fáciles de engañar.

M. A. Meyner, notable prestidigitador, dice: «Los artificios de que se valen los mediums son tan groseros, que ningún prestidigitador se atrevería a presentarse con ellos en público: por eso se dejan tales artificios para engañar sólo...a los sabios! Si los prestidigitadores se dedicaran al espiritismo,

harían maravillas a las cuales no resistirían las Eusapias ni los mediums más célebres».

Se comprende también fácilmente la profunda desconfianza con que miran los espiritistas a los prestidigitadores. Parece como si temieran la pérdida de sus ilusiones. El Instituto Psicológico de París, que acaba de gastar veinticinco mil francos y cuarenta y tres sesiones para inquirir lo que hubiera de cierto en el espiritismo, se ha negado a aceptar la más valiosa de las colaboraciones, la de los hombres habituados a provocar ilusiones.

LA CREDULIDAD SIN LÍMITES CONSTITUYE UNA ENFERMEDAD MENTAL QUE A TODOS NOS PUEDE SOBREVENIR Y QUE NOS HIERE PRONTO CUANDO, SALIENDO DE LA OBSERVACIÓN CIENTÍFICA, ABORDAMOS LO MARAVILLOSO.

Por esa razón, vemos a tantos sabios ilustres profesar pueriles creencias idénticas a las de salvajes completamente iletrados.

Ciertamente, la ciencia sabe poco y no ha aclarado sino un pequeño número de los misterios que nos rodean. Pero ella sabe al menos que los fenómenos son condicionados por

leyes fijas que no conocen el capricho. Ella no se extralimita mucho al afirmar que ningún brujo ha ido al Sabbath montado sobre un palo de escoba y que ningún ocultista moderno ha visto fabricar instantáneamente ningún sér vivo.

La humanidad no ha salido de la barbarie mental primitiva sino evadiéndose del caos de sus viejas leyendas y no temiendo más el poder de los taumaturgos, de los oráculos y de los hechiceros.

Recordemos que los ocultistas de todos los siglos no han descubierto una sola verdad desconocida, mientras que los métodos científicos han hecho surgir de la nada un mundo de reales maravillas.

¡DEJEMOS A LAS IMAGINACIONES ENFERMIZAS ESE MUNDO DE ESPÍRITUS, LARVAS Y FANTASMAS HIJOS DE LA NOCHE, QUE UN RAYO DE LUZ PUEDE DISIPAR!

(Lectura Científica de *La Prensa Libre*, por E. J. R., setiembre de 1910.)

Algunas de las Notas

Agregadas por E. J. R.

a un trabajo de Gustavo Le Bon, en 1910.

¡Oiganlo bien los jóvenes que desean conservar sana su cerebración! Trabajen siempre de día: esto es, apliquen sus mentes a las cosas que les parezcan claras y sencillas: sólo esta aplicación es fecunda. El profesor Grasset ha descrito muy bien el estado mental del ocultista: *«Un hecho curioso que debe señalarse es el arrastramiento que sufren los experimentadores y la evolución que sufre su mentalidad una vez que entran en este género de estudios. Comienzan, como sabios, experimentos precisos y limitados que pueden, por consiguiente, conducir a conclusiones científicas; pero extienden luego su campo de observación, generalizan sus conclusiones y citan, al lado de sus experimentos, otros hechos infinitamente menos científicos.... Lombroso, que comienza su memoria con experimentos concretos cardiográficos, habla ense-*

guida, en el mismo trabajo, de fantasmas y apariciones de difuntos y autolevitaciones, etc., etc....

El contacto de los fenómenos del ocultismo hace perder a los mejores observadores las reglas elementales del método científico.»

*

Mesmer es el padre del magnetismo moderno. Su primer escrito público, su tesis de doctorado, trata de la influencia que los planetas ejercen sobre el cuerpo humano. Principió por estudiar el histerismo y concluyó por afirmar que todas las enfermedades no son más que aspectos distintos de una enfermedad única cuyo único remedio es el magnetismo. La fortuna de Mesmer llegó a su apogeo en 1784, el año mismo en el cual se elevó por primera vez un globo aerostático en el Campo de Marte. Ese año, Mesmer llegó a magnetizar hasta los árboles. Alcanzó tal grado la exaltación pública creada por el mesmerismo, que Luis XVI se decidió a nombrar una comisión, compuesta de cuatro médicos de la Facultad de Medicina de París y cinco miembros de la Academia Real

de Ciencias, con orden de presentarle una memoria acerca del magnetismo animal. De esa comisión formaban parte Lavoisier, el creador de la química moderna, Franklin, embajador de los Estados Unidos, que gozaba entonces de la más alta reputación, y Bailly, el liberal y sabio literato y astrónomo que, como Lavoisier, fué víctima, poco tiempo después, de la ira de la revolución. La comisión examinó la cuestión bajo todos sus aspectos. La memoria redactada por Bailly, aprobada por sus colegas y presentada al Rey, es todavía una obra admirable y nos muestra la ventaja que en cuanto a salud llevaban los sabios de hace un siglo a sus sucesores de hoy.

Las conclusiones de ese documento son todas importantes: se confirma el poder que un hombre puede ejercer sobre otros, sin necesidad de ningún flúido especial; se establece que los gestos y signos más simples pueden producir efectos poderosos en los enfermos dotados de una gran excitabilidad nerviosa; se insiste acerca del papel representado por la *repetición*, demostrando que la persona que ha

experimentado una vez la crisis magnética queda en extremo expuesta a nuevas crisis [fenómeno que nosotros llamamos *anaflaxis hipnótica*]; se demuestra la inmensa diferencia de intensidad que presentan los fenómenos de magnetismo según que son intentados sobre personas aisladas o sobre aglomeraciones. (Los prestidigitadores saben bien hoy que es más fácil engañar a cien personas juntas que a una sola). [El estudio de la anaflaxis es actualmente de importancia capital en medicina. Anaflaxis significa lo contrario de profilaxis. En otros términos, *anaflaxizar* es lo opuesto a *vacunar*, *inmunizar*, etc].

En estos términos resumió su parecer la honorable Comisión: palpamientos, imaginación, imitación, tales son las verdaderas causas de los efectos atribuidos a ese agente llamado magnetismo animal. Actos puramente mecánicos o físicos principian a conmover los nervios y preparar el terreno; la imitación contagia y generaliza luego las impresiones; pero es la imaginación la activa y terrible potencia que opera los grandes efectos atribuidos al magnetismo.

*

Sin preguntarnos por ahora qué se pasa en las células nerviosas del loco, del histérico o del somnábulo, o en las células del que duerme el sueño normal o del que duerme envenenado por unas gotas de láudano, comprendemos, sin embargo, que el estado que constituye tales fenómenos pueda variar de intensidad y pueda extenderse a todo el conjunto de los órganos nerviosos o sólo a uno o unos de ellos: comprendemos así, por ejemplo, que entre el estado de plena vigilia y el del sueño completo existan todos los matices posibles.

*

Las personas que han reflexionado juiciosamente acerca del somnambulismo natural, no encuentran nada de realmente extraordinario en el somnambulismo artificial o hipnotismo.

El hipnotismo no se observa sólo en el hombre: se observa en otros vertebrados y aun en muchos invertebrados. Charcot distinguía tres estados hipnóticos: letargía, catalepsia e hipno-

tismo propiamente dicho o somnambulismo artificial.

Esta clasificación ha sido muy combatida; pero es la más sencilla, para un artículo de iniciación.

La letargía está caracterizada por lo que se llama la hiper-excitabilidad neuro-muscular: es decir, que basta tocar o apretar ligeramente un músculo, para provocar instantáneamente su contracción. Hay personas que caen en letargía con sólo que se las oblique a mirar atentamente un objeto brillante o con sólo ejercer sobre sus ojos una presión suave y prolongada. En general, un esfuerzo prolongado de la atención provoca, en los sujetos débiles, fenómenos hipnóticos más o menos semejantes a la letargía (éxtasis religiosos, etc.).

La catalepsia está caracterizada por la facultad que adquieren los músculos de conservar largo tiempo las posiciones en que se les coloca. Con frecuencia pasa de golpe a la catalepsia, el individuo que estando en letargía es sometido a una excitación física brusca (ruido o luz viva y repentina).

El hipnotismo propiamente dicho está caracterizado por la hiper-agudeza de los sentidos, o sea, el refinamiento extremo de la sensibilidad: el menor soplo dirigido sobre la piel, el ruido más tenue, la impresión menos viva, son percibidos aun a distancias considerables. Los movimientos inconscientes e involuntarios de todos los músculos exteriores (de ojos, labios, frente, mejillas, manos, etc.), movimientos que acompañan indisolublemente a toda operación mental y que varían según los pensamientos, aparecen considerablemente agrandados ante el hipnotizado, cuya conciencia duerme, pero cuyos sentidos poseen una penetración y una potencia incomparables. Ante un hipnotizado, el pensador aparece como a través de un lente de aumento: los juegos de fisonomía más imperceptibles son para él violentas gesticulaciones. ¿Y quién no comprende a un gesticulador exagerado, aun antes de que hable o concluya de hablar? Sabido es el uso que de estos hechos hacen los prestidigitadores lectores de pensamientos.

*

«El fenómeno de las mesas que se mueven y el de los golpes dados por los espíritus, para entrar en comunicación con nosotros, parecían ya únicamente destinados a servir de entretenimiento a las viejas señoras desocupadas o a las buenas gentes de cerebro débil; pero han vuelto a ponerse en boga. Dichos fenómenos han sido explicados científicamente hace ya mucho tiempo». (Le Bon).

Han sido explicados como actos de simple automatismo cerebral (desdoblamientos de la personalidad, despersonalización o acenestesia, etc.) En la misma categoría entran los fenómenos de lenguaje oral o escrito de los *poseídos* o *iluminados*.

Entre los fenómenos curiosos que pueden ser producidos en ciertos estados de somnambulismo y aun en el sueño normal, y que se producen con frecuencia en estado de vigilia en los locos y hasta en personas sanas, particularmente cuando su estado nervioso confina con la locura, están los *desdoblamientos de la personalidad*. «Lo que

los psicólogos llaman *unidad del yo* es consecuencia de la memoria. Ella sola permite comparar unos a otros los estados sucesivos del cerebro y referirlos a un personaje único: el yo de este instante está ligado por la memoria al yo de hace un minuto, luego al yo de hace dos minutos, etc., y esta serie de estados de conciencia forma la unidad del yo». (Richet). Por consiguiente, si por alguna causa se disloca nuestra memoria, también se disloca el yo. En otros términos, siempre que se produce un olvido más o menos completo de nuestro yo antiguo, perdemos nuestra personalidad más o menos completamente.

«La unidad del yo, en el sentido psicológico de la palabra, es la cohesión, durante un tiempo dado, de un cierto número de estados de conciencia claros, acompañados de otros menos claros, y de una multitud de estados fisiológicos que aunque no van acompañados de conciencia, como sus congéneres, obran sin embargo tanto como ellos. *Unidad quiere decir coordinación*». (Ribot.) Por consiguiente, siempre que una causa cualquiera lle-

ga a romper la armonía normal de relaciones entre los diversos centros cerebrales, vemos desagregarse las personalidades, conscientes, inconscientes y subconscientes (o subliminales, como se dice hoy) que, juntas, forman el yo normal. La conciencia ignora esas personalidades que forman el bloc de lo inconsciente; pero ellas son nuestro principal guía. Lo consciente ignora a lo inconsciente; pero lo inconsciente no ignora a lo consciente, puesto que lo domina.

La *despersonalización*, enfermedad que preocupa hoy tanto a los psicólogos patologistas, puede definirse en términos precisos diciendo que es un fenómeno de *acenesesia*: la despersonalización es proporcional a la desaparición u oscurecimiento de la cenesesia. Por cenesesia se entiende el sentimiento común en que se confunden en el cerebro todas las percepciones originadas por las excitaciones que parten del cerebro mismo (recuerdos, ideas, etc.) y de todas las otras partes del cuerpo. La cenesesia comprende dos elementos: la sensación de la existencia o del funcionamiento de nuestro

organismo y el sentimiento de que todas las modificaciones que se producen en él pertenecen bien a nuestro yo. Cuando hay despersonalización, el sujeto conserva el conocimiento de las sensaciones internas; pero pierde el sentimiento de que ellas le son personales: analiza bien sus sensaciones y dice sin embargo que ellas no le pertenecen.

*

Los fenómenos de desdoblamiento de la personalidad (lenguaje y escritura automáticos, etc.) no son cosas raras en la vida corriente. El orador, el sacerdote, el artista, alcanza con facilidad, por simple auto-sugestión, el grado de amnesia u olvido de sí mismo necesario para creerse de verdad convertido en el personaje dramático que se simula. Todos, cuando leemos una novela o asistimos a una representación teatral, llegamos sin trabajo a un cierto grado de olvido de nuestra situación real, hasta poder de veras ser conmovidos por hechos que sabemos perfectamente que son mentira.—Más aún, ¿no somos todos a menudo o siempre mediums hablado-

res? Aun cuando nos creemos originales, ¿cuántas veces no hacemos más que dar a luz recuerdos inconscientes?

*

Recordemos también aquí que en el estado de sueño normal, o provocado, adquieren una evidencia especial los fenómenos que nosotros hemos llamado de *reversibilidad físico-moral*. Ejemplo: recibimos una fuerte emoción (un niño cae de un piso alto, llega una mala noticia, etc.) y experimentamos que dicha emoción va acompañada de un general desorden o alteración en todas nuestras funciones (movimientos del corazón, movimientos respiratorios, etc.). Inversamente, si durante el sueño una causa mecánica o física cualquiera desordena el ritmo del corazón o el ritmo respiratorio, por ejemplo, experimentamos una *pesadilla*, esto es, una forma de cerebración más o menos incompleta y dolorosa.

*

No sólo los oradores, muchos artistas, muchos poetas, muchos sabios,

multitud de particulares, cada uno en su escenario, parecen ejercer a su alrededor una influencia orgánica notable. «La hipótesis principia cuando se intenta explicar esa influencia mediante una fuerza psíquica que ningún experimento ha demostrado.» Aun admitiendo que una fuerza, distinta de las fuerzas naturales conocidas, sea diversamente irradiada por las personas, el calificativo de *psíquica* no podría ser aceptado, puesto que las aparentes manifestaciones de tal fuerza son de un orden muy bajo, fisiológicamente consideradas: exaltación de la emotividad y correlativa inhibición o rebajamiento de los fenómenos de cerebración superior. En otros términos, en toda colectividad, se baja el nivel de la mentalidad de los concurrentes: las emociones se refuerzan, mientras el espíritu crítico se aminora.

*

Citemos literalmente las recientes declaraciones del ocultista doctor Maxwell, sub-rayando por nuestra cuenta aquellas expresiones que coinciden con las nuestras de hace 16 años (1894):

«*El espiritismo es un nombre nuevo dado a una cosa antigua, y se ve, en los relatos de exorcismos, que los demonios o los espíritus de los muertos comunican sus deseos mediante golpes. El ocultismo no tiene nada de común con el espiritismo que él condena en general, como lo hace la teosofía*» (* que nosotros hemos llamado misticismo asiático). «*Todas estas escuelas son la expresión del misticismo moderno, y el sabio psicólogo al cual respondo (Le Bon) no negará que el misticismo tenga profundas raíces en la inteligencia humana, fruto de una larga herencia*». (* Y Le Bon no lo niega). «*En las sesiones espiritistas u ocultistas, se producen hechos cuya interpretación levanta grandes dificultades, físicas y biológicas; no hay que imaginarse que nosotros los atribuyamos a espíritus; la opinión que he expresado muchas veces es opuesta a la hipótesis espírita y a la teoría ocultista, aunque yo no me crea autorizado a tratarlas con la severidad del doctor Le Bon; sus adeptos no son para mí ni imbéciles ni locos, sino gentes convencidas: su creencia me pa-*

rece de orden religioso, y yo la respeto; ella es muy consoladora y los progresos que hace son considerables; ella da una solución simple de los problemas que nos atormentan: desgraciadamente la simplicidad de esta solución me parece inconciliable con la complejidad de los hechos».

Cada cosa a su tiempo, hemos dicho siempre a los jóvenes que se nos acercan. Pretender explicar e interpretar hoy los fenómenos mentales humanos, cuando no sabemos explicar ni siquiera los más simples fenómenos biológicos vegetales, es decidirse a perder la propia salud y naufragar en el error. Así naufragaron los alquimistas, durante siglos, trabajando a oscuras y a deshora, cuando el desarrollo de la mecánica y de la física no había alcanzado aún el grado necesario para hacer posible a su vez el desarrollo de la química. El problema de la transmutación de los metales, por ejemplo, cuya solución apenas principiamos a entrever hoy, un siglo después de Lavoisier, ¡cuántos esfuerzos, cuántas vidas no absorbió, y cuán vanamente!

*

De la universalidad de los sentimientos religiosos, en el tiempo y en el espacio, no podría deducirse ninguna prueba de la bondad intrínseca o de la necesidad de tales sentimientos. El mal en sus diversas formas, es también universal en el tiempo y en el espacio. Por herencia, coexisten en el hombre los sentimientos más opuestos, el sentimiento religioso, por ejemplo, y el horror a la muerte, sin que sea lógico deducir de esta universal coexistencia la bondad intrínseca de cosas que son opuestas. Creer en otra vida, creer en que uno no muere, y al mismo tiempo temer la muerte, es un absurdo, universal en el tiempo y en el espacio.

*

Según Maxwell, el espiritismo cuenta más de 25 millones de sectarios. La epidemia cunde. Su marcha geográfica y la curva de sus variaciones de intensidad son exactamente paralelas al camino y a la curva de intensidades señalados para la astenia nerviosa. Los trabajos excesivos, los sufrimientos,

el abuso de los placeres, el alcoholismo; en una palabra, las incontables causas de extenuación que desde hace tantos años nos vienen minando, han preparado el terreno. Entre nosotros hay agravantes: la raza, la locura demostrada en varios de los principales troncos de nuestras familias, entremezcladas luégo poco a' poco, y los terremotos, cuyas lejanas consecuencias patológicas son verdaderamente incalculables. La correlación estrecha que se manifiesta en los individuos y en los pueblos, entre la pérdida de la salud y la revivificación del misticismo, podrá ser interpretada diversamente, pero nunca podrá ser negada. «*Las naturalezas activas y enérgicas son con frecuencia irreligiosas*», acaba de sostenerse en el VI Congreso internacional de psicología. El profesor Ladame, vicepresidente del mismo Congreso y alienista distinguido, hizo observar a su vez la importancia que tiene la psicología patológica en el estudio de los fenómenos religiosos.

¿Metafísica?

Siempre he huído de los metafísicos. Y si tuviera que recomenzar la vida, huiría de ellos aún más que antes. Sobre todo, huiría de los menores de cuarenta años. Hecha esta advertencia, voy a resumir lo que he sacado en limpio de las conversaciones sostenidas con algunos metafísicos serios.

Materia o *energía* es todo lo que nosotros podemos *tocar*; entendiendo por tocar: la acción común a todos nuestros sentidos. *Materia* o *energía* son, pues, los cuerpos químicos, el calor, la luz, la electricidad, etc.

Alma y *espíritu* son los nombres de lo inmaterial.

Ahora bien, frente a frente hay dos grupos de metafísicos: el de los *dualistas* y el de los *monistas*.

Los dualistas admiten la existencia de un mundo *físico* y de un mundo *moral*: un mundo de la materia o energía y del *determinismo*; y un mundo del espíritu y de la *libertad*. Los dualistas son los verdaderos espiritualistas.

Los monistas son o, mejor dicho, se creen de dos clases: para unos (los pseudo-espiritualistas), lo único real es el espíritu (lo físico es ilusorio); para otros (los materialistas), lo único real es la materia o energía. Los monistas, cualquiera que sea su otra denominación, son, por lo general, deterministas: unos hablan de una justicia eterna u orden moral preestablecido; mientras otros califican de físicas las leyes inflexibles a que todo obedece. Estos últimos son más explícitos y afirman que la llamada libertad es una mera apariencia, que sube de grado a medida que los seres se convierten por evolución en máquinas más perfectas, mejor sujetas al orden general, mejor agenciadas, más sensibles (en la acepción en que se toma esta palabra cuando se habla de una balanza o de una placa fotográfica).

Por lo que a la idea de Dios se refiere, los dualistas forman dos clases: la de los teístas, más o menos antropomorfistas (cristianos, etc.), y la de los ateos (colinsistas).

Los monistas pseudo-espiritualistas son casi siempre ateos, pero bajo el

rótulo de *panteistas*: Dios es todo y todo es Dios. Los materialistas son lógicamente ateos.

Los filósofos que no pertenecen a ningún bando de metafísicos, pero que creen en la realidad del mundo físico, son llamados simples *positivistas*. Cuando uno de estos filósofos positivistas se resuelve a salirse de su campo, solamente dos puertas encuentra abiertas: la del monismo materialista y la del dualismo espiritualista. Por cualquiera de las dos puede entrar a su gusto en el dominio de la metafísica.

E. J. R.



*

Mientras se respete la independencia recíproca del dominio del sentimiento y del dominio de la razón, se podrá ser a la vez hombre de fe y hombre de ciencia, a la Pasteur. Apenas se intenta *«poner un poco de ciencia en la superstición y un poco de superstición en la ciencia»*, según la vieja fórmula de la magia asiática, la ciencia se hunde y flota la superstición. *«Mezclad un poco de verdad a la mentira, y la mentira adquirirá vigor. Poned un poco de mentira en la verdad y la verdad estará perdida»*. ¡Mágico secreto para asegurar el triunfo de las tinieblas!